

VOLUMINOSOS SACOS MARCADOS

Para César López

Trajeron unos sacos recién anudados y repletos de historia
no para venderlos como suponía la gente ansiosa
–alguien sin saber aturdido gritó que era agua–.
Cada saco estaba marcado con una cruz,
eso quería decir que eran de buena calidad,
perdurables, como de imagen encerrada en estuche de fuego,
sacos fiadores del futuro de la Tradición.
Un señor venerable lo fue agrupando avaramente;
como si fueran suyos, nervioso y anegados los ojos
de lágrimas vociferaba:
son míos, me pertenecen, yo los he construido
con gran esfuerzo.
La gente se desconcertó
pero de inmediato se dio cuenta que todo era una
broma inefable,
si no contenían comida, entonces lo mejor era parodiar,
befarse de los sacos inservibles.
No media el odio entre los sacos marcados y la gente
que se burla,
en verdad, la gente acudió sólo a contemplar
los voluminosos sacos marcados,
a admirarse de sus extrañas deformaciones.
Fue la vehemente precisión del señor la que motivó la farsa,
su patética bufonada.
Bien sabe la gente que la historia no es comida.
Un país de historias inconclusas, inecuánimes,
repetidas con puntual sadismo,
celosamente guardadas en enormes sacos que espesan el tiempo,
el baile que no para.

EFRAÍN RODRÍGUEZ SANTANA

EL ADORNO DAIQUIRÍ DE LOS GENERALES

Para Eduardo Ponjuán y René Francisco Rodríguez

Las trincheras de daiquirí de los gloriosos generales,
grandes hombres hechos de guerras en lejanas tierras.
Los orates deambulan por la ciudad mostrando sus botas
y unas gorritas pintorescas como regalo del día
de la independencia.

En las copas flota el reposo del guerrero,
las condecoraciones después de la batalla
en el hielo triturado.

Recordemos las manos y las piernas abandonadas
y las cabezas patrióticas semihundidas en el hormigueo
de la selva.

Los malditos orates con su secuela de música triunfal,
sus atisbos milagrosos del comienzo de los himnos.
Silban los orates como si todavía ensayaran la contraseña
en la pavorosa penumbra.

Pedazos de cuerpos nadando en el humo de las cataratas,
cayendo los pedazos con minúsculas picadas mortíferas,
tratando de recomponerse en el frescor del agua,
cuerpos que han perdido su memoria y su brillo al saludar.

Los generales acarician el adorno daiquirí de sus paredes,
reconsideran con la más absoluta seriedad
la importancia de los muertos.

Escriben en sus memorias la caricia del hielo endulzado.
Ah, tantos muertos en la neürosis de la tierra desconocida
y un dedo que se hunde en el centro de la copa.

EFRAÍN RODRÍGUEZ SANTANA

**LA SALIDA DE ESTE ESPEJO
SIN MARCO**

*Escrita la desesperación de los desesperados
y la conformidad de los conformes
«Siente compañero»
Gastón Baquero*

Modelos de hombres oscuros y patéticos como cualquiera
brotan de las calles con sus anhelantes músculos reprimidos,
portan consigo bastones de hierro para pegar en las cabezas,
se adueñan de ese aire de libertad que sólo pertenece
a las calles,
calles que siempre condujeron a un fragmento
de cielo o de mar.

Oscuros guardianes saliendo de las cloacas,
clamando por un pedazo de carne viva,
nerviosas risas que no saben cuánto hacer
en la plenitud de la violencia,
risas que se dejan acompañar de la ascensión de los brazos,
voces que castigan y voces que imploran
ante la terrible curiosidad.

Se desdibuja el palimpsesto y sobre la perdida escritura
se torna a garabatear lo mismo con premura incolora,
sin brillo y sin tenacidad, sin fuerzas apenas,
porque las cosas muriendo no retornarán a su inocencia.

Almendares, 10 de agosto de 1994.

EFRAÍN RODRÍGUEZ SANTANA